

DUENDE

-un cuento de Navidad-

por Ramón Cerdá Sanjuán

Duende – un cuento de Navidad

Este pequeño libro se lo dedico a mis padres, gracias a los cuales empecé a vivir y seguí un camino adecuado. A mi hermano, que me sustituyó en mi temprana salida del nido. A mis suegros, gracias a los cuales he podido casarme con mi esposa. A mi esposa que tanto me ha ayudado desde que me he casado. A mi hijo al que tanto quiero y que de un modo u otro seguirá mis pasos, aunque solo sea guardando mi memoria. A mi mejor amigo Chuso que tantos años lleva conmigo, a su esposa Fina a la que también quiero. Y no me olvido de la pequeña Sara.

A todos ellos por lo que han colaborado en que yo sea como soy.

Duende – un cuento de Navidad

También quiero dedicar este libro a Ramón Cerdá, que soy yo, y que en algo he colaborado también a lo que he dicho antes.

Duende – un cuento de Navidad

CAPÍTULO I

Un año más es Navidad. Mucha gente se deprime por estas fechas porque se dan cuenta de que están solos o porque simplemente están más sensibles de lo normal. No es mi caso. El ambiente navideño me gusta y lo disfruto aunque no pueda considerarme creyente. ¿Qué más dá?. No importa, disfruto lo mismo del árbol de Navidad y de Santa Claus (o San Nicolás), como del Belén y los Reyes Magos. Todo es magia en estas fechas, y aunque mucha de la bondad que se puede ver, no deja de ser un tanto hipócrita, lo cierto es que por un breve espacio de tiempo, las cosas pueden llegar a verse de otro modo, lo cual ya resulta

suficientemente positivo. Son unas fechas en las que la familia, muchas veces desunida por este sistema de vida que arrastramos actualmente, aprovecha para volver a verse o compartir algo más de tiempo. Ciertamente también son unas fechas en las que se recuerdan más que nunca los familiares y amigos que hemos perdido recientemente, lo cual entristece un poco la Navidad. También es típico en las cenas familiares donde acude alguno de nuestros abuelos, ya de avanzada edad, en las que el comentario de rigor es que ya no verán pasar más Navidades. Parece que se empeñen en querer deprimir al personal, aunque tal vez es su manera de hacerse notar para que les prestemos un poco de nuestra atención. Ven las cosas de otra manera y a menudo desaprovechan estos días de reconciliación y buenos pensamientos y acciones. La nieve es el compañero ideal de estas fiestas, aunque nosotros, los del sur –del sur de Europa quiero decir-, ya estamos más que acostumbrados a su ausencia continuada un año tras otro.

También tiene sus ventajas esta ausencia. Todo es más accesible y transitable y en definitiva hay menos problemas. El muñeco de nieve lo hemos de dibujar en alguna pared blanca, pero tiene la ventaja de que no se deshace a la primera de cambio.

Las castañeras salen a la calle inundando con el aroma de las castañas asadas las principales vías de las ciudades. Reiniciamos el rito de la Lotería de Navidad, que siempre creemos que nos va a tocar hasta que ha pasado el sorteo. Claro, que inmediatamente volvemos a depositar nuestras esperanzas en el sorteo de unos días después, el cinco de enero, el sorteo del Niño. Normalmente es una forma de alargar un poco la agonía de esta esperanza tantas veces fallida, pero un año tras otro insistimos en nuestro empeño.

Hay poca luz, estoy en la oficina pero ya pasan de las ocho y todos han marchado a sus casas. Han quedado las luces del árbol de navidad

parpadeando y haciéndome compañía. Se oye el zumbido eléctrico de la fotocopiadora y de algún aire acondicionado que ha quedado en marcha. El silencio es absoluto, excepción hecha de los zumbidos anteriores, y el ambiente de la Navidad se filtra por debajo de la puerta cerrada, inundando la estancia. Es un buen momento para ir haciendo planes para el próximo año, ya tan cercano, próximo año, que además coincide en próximo siglo y en próximo milenio. Son unas Navidades especiales, no cabe duda. Ya el año pasado los que más prisa parecían tener, celebraron, a mi modo de ver equivocadamente el cambio de milenio, el cual en realidad no termina hasta este próximo 31 de diciembre del actual año 2000. Pero bueno, no importa, al fin y al cabo cualquier excusa resulta buena para celebrar algo, y no seré yo quien juzgue estas cuestiones.

Es extraña la paz que siento en este momento, aquí, solo, rodeado de estos pensamientos. Resulta extraño porque normalmente no tengo tiempo prácticamente ni de pensar. La

hiperactividad me rodea cada hora del día y cada día de la semana.

-Hola

Oigo una voz a mi espalda y sufro un gran sobresalto, tengo palpitaciones y me giro con preocupación, y por qué no decirlo, con cierto miedo. Miedo mezclado con angustia. Creía que estaba solo.

La voz es más bien suave, no hubiera sabido identificarla en cuanto a si correspondía a una mujer o a un hombre. Es de una neutralidad sorprendente. Extraña, como el simple hecho de haberla oído. Salía de mi despacho.

Sobre mi mesa, e iluminada por la luz que sale de la pantalla de mi ordenador, veo una pequeña figura, una figura con cara de niño grande de ojos enormes y dientes separados. No se si es verde o el color es debido al reflejo de la pantalla. Tendrá unos treinta centímetros de alto y unas orejas puntiagudas que se mueven al son de sus manos. Parpadea sin cesar, sus ojos parecen lanzar destellos cada vez que son abiertos, y yo quedo

como un imbécil con la boca abierta, en la puerta del despacho, sin atreverme a entrar, sin atreverme a decir nada. Al contrario que el extraño ser, yo no parpadeo, los ojos empiezan incluso a escocerme por la falta de lubricación.

-¿Cómo te llamas? –me atrevo finalmente a preguntarle entrecortadamente-

-Yo nunca me llamo.

-¿Cómo te llaman pues?

-Nadie me llama porque nadie sabe que existo.

-¿De donde vienes?

-De muy lejos.

-¿Por qué te has detenido aquí? –empiezo a mosquearme y temo que se note en mi tono de voz-

-He visto las luces del árbol y me he parado a verlas. He visto que aquí se estaba calentito y he decidido quedarme un rato.

-Ya veo.

-Sé que has trabajado mucho este año.

-¿Se me nota?.

-No, pero lo sé. Yo lo sé todo.

-¿Vas a quedarte mucho tiempo?

-Solo el necesario. El necesario para agradecerte tu hospitalidad.

-Yo no te he invitado a quedarte.

-Tampoco me has dicho que me fuera.

-¿Cómo tienes previsto agradecermelo entonces?.

-Con un deseo, voy a dejar que me pidas un deseo, cualquier cosa, pero ha de ser un deseo que te incumba a ti, no a los demás. Por una vez has de pensar solo en ti y pedirme algo. Tienes tres días para pedírmelo. Dentro de tres días, aquí mismo, a esta misma hora, volveré a verte y estaré a tu disposición.

De pronto desaparece, desaparece tan rápidamente que creo haberlo soñado. Mi imaginación calenturienta a veces me juega extrañas pasadas.

Los duendes no existen, no pueden existir, lo que he visto, en realidad no lo he visto. Simplemente no puede ser.

Duende – un cuento de Navidad

Decido tomarme un café bien cargado y no pienso más en ello.

CAPÍTULO II

Acabo de levantarme. La imagen del duendecillo verde ha vuelto a mi cabeza, no sé si en realidad lo he soñado esta noche, o lo imaginé ayer en la oficina, o simplemente todo es cierto y yo no puedo creerlo.

¿Es posible que esa figura se me presentara ayer en el despacho?. ¿De verdad podía pedir un deseo?.

De ser así, ¿Qué podría pedir?. De repente noto que las ideas se me agolpan en la cabeza. Podría pedir ser inmortal y vivir para siempre, pero debe de ser muy triste ser inmortal y ver como todo el mundo envejece y se muere alrededor de uno, incluso los hijos, y los hijos de los hijos. Es

realmente antinatural y debe de resultar muy duro. No puedo pedir que los que están a mi alrededor sean también inmortales porque el duende me dijo –eso lo entendí claramente si es que no lo imaginé- que el deseo tenía que ser para mí .

Definitivamente no le pediré –si es que realmente se presenta como creo que dijo- ser inmortal. Quizás puedo pedirle ser inmensamente rico, pero ¿Para qué quiero serlo?. No me falta de nada, tengo todo lo que necesito y el dinero en exceso posiblemente solo me traiga que complicaciones adicionales, aunque solo sea por el miedo a perderlo, a volver a tener lo justo aunque sea sin estrecheces. No. Tampoco creo que sea lo ideal pedir eso. Me miro en el espejo. Me sobran por lo menos veinticinco kilos y no hay forma de quitármelos de encima. ¿Le podría pedir que me dejase un cuerpo “Danone”?. No sé, a lo mejor es desperdiciar el deseo. Quizás debería de pensar en algo más importante, algo que realmente me llenase de satisfacción.

¿Y ser sexualmente irresistible y tener una capacidad física digna del mejor de los amantes?. No, eso me traería más problemas que beneficios porque no me podría quitar a las mujeres de encima, y al final les tendría que dedicar toda mi atención. Creo que estoy bien como estoy y no necesito una mayor capacidad sexual. Tengo tres días para pensar...

Duende – un cuento de Navidad

CAPÍTULO III

Hoy tiene que venir el duende. Sí, lo he estado pensando y pensando, y estoy convencido de que no lo he soñado, de que esta Navidad es realmente especial y ese ser simpático se ha fijado en mí, aunque solo haya sido por las luces de mi árbol y por el aire acondicionado que quedó enchufado por error. No lo he soñado, tampoco lo he imaginado, estoy seguro. Estoy seguro de que hoy vendrá y me preguntará por mi deseo.

El problema es que aún no tengo claro del todo lo que voy a pedirle. Podría pedirle que me concediera más tiempo, más tiempo para pasarlo con los seres queridos, con mis padres, con mi hijo, con mi esposa, mis amigos...

Ahora apenas tengo tiempo, ni siquiera para dedicármelo a mí mismo. Un poco de tiempo adicional me beneficiaría a mí, y seguro que mis seres queridos me lo agradecerían. Sí eso es, le pediré que me dé algo más de tiempo para dedicarlo a estas cuestiones. Y de paso que me quite un poco del mal genio que me sobra tan habitualmente. De este modo, al mismo tiempo que me beneficio, pido algo que será positivo para los de mi alrededor.

Estoy nervioso. Ya ha oscurecido. Vuelvo a estar solo en el despacho. Por si acaso, he dejado el mismo aire acondicionado encendido, y el árbol. Las luces del árbol animan la oscuridad de la oficina, recordando que estamos en Navidad. Paseo por la oficina, arriba, abajo, arriba, abajo. Me preparo un café y bebo un vaso de agua fría. Miro el reloj otra vez. ¿A qué hora vino el otro día?. No puedo recordarlo. Solo sé que había anochecido, sólo sé que las luces del árbol estaban encendidas, y también el aire

acondicionado. Sí, el duende dijo que se estaba calentito.

Enciendo el ordenador, de pronto he recordado que el otro día también estaba enchufado. Y la fotocopidora, también lo estaba y también debe de estar ahora. Debo de crear el mismo ambiente. Sí, eso es. Hoy hace tres días desde su anterior visita. Debe de estar al caer.

Duende – un cuento de Navidad

CAPÍTULO IV

-Hola, ¿Ya lo has pensado?

Me giro, sí, es él, la misma figurita verde de las orejas puntiagudas, de los ojos enormes.

-Sí, ya lo he pensado –intento no parecer impaciente, intento que no se me note que llevo más de dos horas dando vueltas por la oficina esperándolo-.

-Pídelo pues.

-Quiero... –dudo un poco, no quisiera equivocarme- disponer de más tiempo para dedicárselo a mis seres queridos, y no tener tan mal carácter.

-Oh, oh, me temo que hay un problema.

-¿Cuál? –empiezo a ponerme nervioso, me sudan las manos-.

-Te dije que me podrías pedir UN DESEO, UN SOLO DESEO. –enfatisa esta última parte de la frase.

-Ah bueno –me tranquilizo-, bueno, en ese caso, olvídate de mi mal carácter. Me quedo con el primero, con el de tener más tiempo para mis amigos y familiares.

-Pero es que hay un problema serio – vuelvo a ponerme nervioso mientras él sigue hablando- Al pedir dos deseos, has anulado mi poder de darte lo que me pides.

-¿Te estás escaqueando?. ¿Quieres decirme con esto que no vas a darme lo que te pido?. He estado tres días pensando en pedirte verdaderas fortunas, incluso la inmortalidad, finalmente te pido algo sencillo, algo económico, y ahora me sales con esas. No es justo.

-No es culpa mía. Yo te lo dije. Te dije que me pidieras un deseo, no dos.

Creo que voy a llorar, después de todo el esfuerzo, ahora estamos igual que antes.

-No debes de preocuparte –sigue diciendo-, en realidad, eso que me pides lo puedes conseguir por tu cuenta, sólo tienes que proponértelo. Propóntelo y lo conseguirás. Intenta delegar más tareas de las que actualmente delegas, intenta concentrarte en lo importante, olvida lo que no lo es. Distingue entre lo necesario y lo que no sirve para nada. Lo importante de lo superfluo. Lo que sólo puedes hacer tú de lo que puede hacer cualquiera.

En cuanto a tu carácter. Estamos en Navidad. Al menos por unos días seguro que te resultará fácil mantener el buen humor.

De repente ha desaparecido. Vuelvo a estar solo en el despacho. ¿Lo he vuelto a imaginar?. ¿He podido ser tan estúpido?.

Bueno, imaginario o no, tenía razón. Debía tenerla, porque de hecho, de momento ya he dedicado una pequeña parte de mi tiempo a escribir estas líneas, y a diseñar la portada para luego encuadernarlo, y lo he hecho para regalarlo a las personas que más quiero. Además, estamos en Navidad, seguro que podré mantener la sonrisa, por lo menos, por lo menos, hasta pasar Reyes.

Feliz Navidad

Ontinyent, diciembre de 2000